

PQ 2246  
E 4  
V. 1



---

Esta obra es propiedad del editor. Queda  
hecho el depósito que marca la ley.

---

**FONDO  
RODRIGO DE LLANO**

---

Imprenta de Juan Cayetano García, Atocha, 151.

PRIMERA PARTE





## LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL



### I.

**H**ACIA las seis de la mañana del 15 de Septiembre de 1840, próximo á partir *La Villa de Montereau*, despedía grandes torbellinos de humo delante del muelle de Saint-Bernard.

La gente llegaba sin aliento; las barricas, los cables, los cestos de ropa blanca dificultaban la circulación; los marineros no contestaban á nadie; tropezaban unas con otras las personas; los bultos subían por entre los dos tambores, y el ruido se absorbía en el rujido del vapor, que, escapándose por las tapaderas de hierro de las chimeneas, todo lo envolvía en



blanquecina nube, mientras la campana avanzaba sin cesar.

Por fin el barco arrancó, y las dos orillas, pobladas de tiendas, de canteros y de fábricas, desfilaron como dos anchas cintas que se desenrollan.

Un joven de dieciocho años, de pelo largo, que llevaba un album debajo del brazo, estaba inmóvil cerca del timón. A través de la bruma contemplaba campanarios y edificios cuyo nombre ignoraba; después abrazó en una última ojeada la isla de Saint-Louis, la Cité, Nôtre Dame, y muy pronto, al desaparecer París, lanzó un suspiro prolongado.

Federico Moreau, que acababa de recibir el título de bachiller, regresaba á Nogent-sur-Seine, adonde debía languidecer durante dos meses antes de ir á cursar Derecho. Su madre, con la suma indispensable, le había enviado al Havre á ver á un hermano suyo, del cual esperaba que fuese heredero su hijo; volvió de allí la víspera, y lamentaba no poder permanecer en la capital, siguiendo, para llegar á su provincia, el camino más largo.

Apaciguóse el tumulto; todos ocuparon su sitio; algunos de pié se calentaban alrededor de la máquina, y la chimenea despedía con resoplido lento y rítmico su penacho de negro humo; gotitas de rocío resbalaban por los co-

bres, el puente temblaba al impulso de una pequeña vibración interior, y las dos ruedas, girando rápidamente, golpeaban el agua.

El río se veía costeadado de playas arenosas; encontrábanse algunas balsas de madera que ondulaban al compás de las olas, ó lanchas sin velas en que pescaba un hombre sentado. Luego, las brumas errantes se fundieron, apareció el sol, descendió poco á poco la colina que seguía el curso del Sena; por la derecha, surgiendo otra, más próxima, en la opuesta orilla.

Coronábanla algunos árboles en medio de casas chatas, cubiertos sus tejados á la italiana; con jardines en declive separados por muros nuevos, verjas de hierro, céspedes, templadas estufas y tiestos de geranios, espaciados con regularidad en terrazas provistas de antepechos. Más de uno, al divisar aquellas coquetonas residencias, tan tranquilas, deseaba ser su propietario, para vivir en ellas hasta el fin de sus días, con un buen billar, una chalupa, una mujer, ó cualquier otro sueño. El placer enteramente nuevo de una excursión marítima facilitaba las expansiones. Ya los bromistas empezaban con sus gracias; muchos cantaban; la gente estaba alegre y se tomaban copitas.

Federico pensaba en el cuarto que ocuparía en su casa, en el plan de un drama, en asuntos para cuadros, en futuras pasiones. Juzgaba que



la felicidad merecida por la excelencia de su alma tardaba en venir. Declamó versos melancólicos; paseaba por el puente con rápido paso, se adelantó hasta el fin, del lado de la campana; y en un círculo de pasajeros y marineros vió á un señor que decía galanterías á una aldeana, jugando mientras con la cruz de oro que llevaba ella sobre el pecho. Era un hombre de cuarenta años, de crespo cabello. Su busto vigoroso llenaba una chaqueta de terciopelo negro; en su camisa de batista brillaban dos esmeraldas, y su ancho pantalón blanco caía sobre unas botas raras coloradas, de cuero de Rusia, bordadas con dibujos azules.

La presencia de Federico no le detuvo. Se volvió hacia él muchas veces, interpeleándole por guiños de sus ojos; después ofreció cigarros á cuantos le rodeaban. Pero fastidiado de aquella compañía, sin duda, se fué más lejos. Federico le siguió.

La conversación rodó primeramente sobre las diferentes especies de tabaco; después, naturalmente, acerca de las mujeres. El señor de las botas coloradas dió consejos al joven; expuso teorías, narró anécdotas, se citó á sí propio como ejemplo, y diciendo todo esto con tono paternal, con una ingenuidad de corrupción divertida.

Era republicano; había viajado, conocía el

interior de los teatros, de los *restaurants*, de los periódicos, y á todos los artistas célebres, que llamaba familiarmente por sus nombres; Federico le confió á poco sus proyectos, y él le animó á seguirlos.

Pero se interrumpió para observar el cañón de la chimenea; luego formó de prisa un cálculo para saber «cuánto cada golpe de pistón, tantas veces por minuto, debía, etc.» Y cuando hizo la suma, admiró mucho el paisaje, manifestándose dichoso por haber abandonado los negocios.

Federico sentía cierto respeto hacia él, y no resistió al deseo de conocer su apellido. El desconocido contestó sin pararse:

—Jacob Arnoux, propietario del «Arte Industrial» bulevar Montmartre.

Un criado, con galón dorado en la gorra, vino á decirle:

—Si el señor tuviera la bondad de bajar, la señorita llama.—Desapareció.

«El Arte Industrial» era un establecimiento híbrido, compuesto de un periódico de pintura y un almacén de cuadros. Federico había visto aquel título muchas veces en el escaparate de un librero de su país natal, en prospectos inmensos, donde el nombre de Jacob Arnoux se ostentaba magistralmente.

El sol hería de plano, haciendo relucir las

**BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"**

**SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA**

**UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON**



grímpolas de hierro, las gabias, alrededor de los mástiles, las planchas del filarete y la superficie del agua, que por la parte de proa se cortaba en dos surcos que se desvanecían en el límite de las praderas. En todos los recodos del río, se encontraba el mismo panorama de álamos blancos. El campo se veía enteramente solitario, y en el cielo nubecillas blancas detenidas. El fastidio, vagamente esparcido, parecía amortiguar la marcha del barco y dar á los viajeros un aspecto más insignificante todavía.

Excepto algunos burgueses, en primera clase, los demás eran obreros, tenderos con sus mujeres y sus chicos. Como entonces había costumbre de vestirse con lo peor en los viajes, casi todos llevaban gorros griegos viejos ó sombreros descoloridos; estrechos trajes negros, raídos por el frote de las mesas, ó levitas con los ojales rotos de haber servido demasiado en la tienda; algunos chalecos de elástica dejaban asomar camisas de algodón, manchadas de café y algunos alfileres de similar clavados en corbatas hechas girones; trabillas recosidas sujetando zapatos de orillo; dos ó tres desarrapados que llevaban bastones con corre-güelas, lanzaban miradas oblicuas; y padres de familia abrían desmesuradamente los ojos, haciendo preguntas; hablando de pie, ó echados sobre sus equipajes, otros dormían por los rin-

cones; muchos comían. El puente se hallaba sucio con cáscaras de nueces, puntas de cigarro, mondaduras de peras, restos de embutidos que vinieron liados en papeles. Tres ebanistas, de blusa, estaban parados delante de la cantina; un músico, arpista, en hárapos, descansaba apoyando los codos en su instrumento; oíase á intervalos el ruido del carbón de piedra en la hornilla, un grito, una risa. Y el capitán, en el entrepuente, andaba de uno á otro tambor, sin detenerse. Federico, para ir á su sitio, empujó la verja que separaba la primera clase, y molestó á dos cazadores con sus perros.

Aquello fué como una aparición.

Ella estaba sentada en medio del banco, enteramente sola; por lo menos él no vió á nadie, con el deslumbramiento que sus ojos le enviaron. Al mismo tiempo que pasaba él, ella alzó la cabeza, él se bajó involuntariamente, y cuando este pasó más lejos, del mismo lado, la miró.

Llevaba un sombrero de paja, ancho, con cintas rosa que fluctuaban al viento por su espalda. Sus cabellos negros, que descendían hasta el extremo de sus grandes cejas, parecían ceñir amorosamente el óvalo de su rostro. Su traje, de muselina clara con lunarcitos, caía en numerosos pliegues.

Se ocupaba en bordar algo, y su nariz recta



su barba, su persona toda resaltaba sobre el fondo azul del espacio.

Como se mantenía en la misma actitud, dió él muchas vueltas á izquierda y derecha para disimular la maniobra; luego se detuvo muy cerca de su sombrilla, colocada contra el banco, y afectó que observaba una chalupa por el río.

Jamás había visto aquel esplendor de tez morena, la seducción de un busto, ni aquella delicadeza de los dedos que la luz atravesaban. Contemplaba su cesta de labor con arrobamiento como una cosa extraordinaria. ¿Cuáles eran su nombre, su domicilio, su vida, su pasado? Ansiaba conocer los muebles de su cuarto, todos los trajes que hubiera llevado, las gentes que la visitaban; y el deseo de la posesión física hasta desaparecía ante un afán más profundo, en una dolorosa curiosidad que carecía de límites.

Una negra, de pañuelo á la cabeza, se presentó, llevando de la mano á una niña ya grande, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas y que acababa de despertarse. Cogióla ella sobre sus rodillas. La señorita no era buena, aunque iba pronto á cumplir siete años; su madre ya no la quería; se le perdonaban demasiado sus caprichos.

Y Federico se alegraba de oír aquellas co-

sas, como si hubiera hecho un descubrimiento, una adquisición.

Suponíala de origen andaluz, quizás criolla. ¿Había traído de las islas, consigo, á aquella negra?

Un gran chal de rayas violeta ceñía su espalda sobre la borda de cobre. ¡Cuántas veces, en medio del mar, durante las noches húmedas, habría envuelto su busto, habría cubierto sus pies, hasta dormir á su abrigo! El chal iba deslizándose poco á poco hacia el agua. Federico dió un salto y lo cogió. Ella le dijo:

—Doy á Vd. gracias, caballero.

Sus ojos se encontraron.

—¿Estás lista, mujer?—preguntó el Sr. Arnoux, apareciendo en la escalera.

La señorita Marta corrió hacia él, y colgada de su cuello le tiraba de los bigotes. El sonido de un arpa se oyó en esto, y quiso la niña oír la música; al punto el del instrumento, traído por la negra, entró en el departamento de primera. Arnoux le reconoció por ser un antiguo modelo y le tuteó, cosa que sorprendió á los presentes. Por fin, el arpista echó hacia atrás su ancho pecho, extendió el brazo y se puso á tocar.

Era una romanza oriental, en que se trataba de puñales, de flores y de estrellas. El hombre de los harapos cantaba aquello con tono mor-



daz; los movimientos de la máquina cortaban la melodía sin medida; apretaba él más, vibraban las cuerdas y sus sonidos metálicos parecían exhalar sollozos, como la queja de un amor orgulloso y vencido.

En ambas orillas del río veíanse los bosques descender hasta el agua; circulaba una corriente de aire fresco; la señora de Arnoux miraba vagamente á lo lejos.

Cuando cesó la música, movió los párpados muchas veces, como si saliera de un sueño.

El arpista se les aproximó humildemente. Mientras que Arnoux buscaba una moneda, Federico alargó hacia la gorra su mano cerrada, y abriéndola pudorosamente, depositó en ella una moneda de oro, de veinte pesetas. Y no era la vanidad la que le empujaba á dar aquella limosna delante de ella, sino un pensamiento de bendición á que la asociaba, movimiento del corazón, casi religioso.

• Arnoux enseñándole el camino, le invitó cordialmente á que almorzara. Federico aseguró que acababa de almorzar; por el contrario, se moría de hambre y no poseía ya ni un céntimo en el fondo de su bolsillo.

Después pensó que tenía tanto derecho como otro cualquiera para permanecer en la cámara.

Alrededor de las mesas redondas comían

los burgueses y circulaba un mozo de café. Los señores de Arnoux se hallaban en el extremo, á la derecha; sentóse él en la larga banqueta de terciopelo y cogió un periódico que allí encontró.

Debían tomar la diligencia de Châlons en Montreuil. Su viaje á Suiza duraría un mes.

La señora de Arnoux censuraba á su marido por su debilidad con la pequeña. Murmuró él algo á su oído, una gracia indudablemente, puesto que ella sonrió; después fué á correr la cortina de la ventana de detrás.

El techo bajo, y enteramente blanco, arrojaba una luz fuerte. Federico, de frente, distinguía la sombra de sus pestañas. Mojaba ella sus labios en el vaso y entre sus dedos sostenía una cartera. El medallón de lapizlázuli, sujeto por una cadenilla de oro á su muñeca, sonaba de cuando en cuando contra el plato. Los que estaban allí, sin embargo, no parecía que lo notasen.

Algunas veces se veía por las ventanas deslizarse el flanco de una barca que abordaba el barco para tomar ó dejar viajeros. Las gentes que estaban á la mesa se inclinaban hacia las aberturas y decían el nombre de los lugares ribereños.

Arnoux se quejaba de la cocina; gritó mucho por la cuenta y obligó á que la redujeran.



Después se llevó al joven á proa para beber grogs; pero Federico se volvió muy pronto á la toldilla, donde se encontraba la señora de Arnoux, que leía un pequeño volumen de tapas grises.

Los extremos de su boca se entreabrían en algunos momentos, y un relámpago de placer iluminaba su frente. Federico tuvo celos del que había inventado aquellas cosas de que parecía ocupada. Cuanto más la contemplaba, más sentía que entre ambos se abrían abismos. Pensaba que era preciso abandonarla á poco, irrevocablemente, sin haber cruzado una frase, sin dejarse ni áun siquiera un recuerdo.

Una llanura se extendía hacia la derecha: á la izquierda un herbazal iba á reunirse suavemente á una colina, en que se percibían viñedos, nogales, un molino en medio del verde, algunos senderos más allá, formando zig-zás sobre la blanca roca que tocaba al límite del cielo. ¡Qué dicha, subir reunidos, el brazo rodeando su cintura, mientras su traje fuese barriendo las hojas amarillentas, escuchando su voz, dominado por los rayos de sus ojos! El barco podía detenerse, no tenían más que barse, y aquella cosa tan sencilla, no era más fácil, sin embargo, que cambiar el curso del sol.

Algo más lejos descubriase un castillo de

tejado puntiagudo con torrecillas cuadradas. Un parterre de flores se extendía delante de su fachada, y las avenidas penetraban en los altos tilos como negras bóvedas.

Figúrsela pasando por el límite de los setos.

En aquél instante, una señorita y un caballero joven se dejaron ver en la escalera, entre los tiestos de naranjos.

Luego todo desapareció.

La chiquilla jugaba cerca de él; Federico quiso besarla; ocultóse ella detrás de la criada; le riñó su madre por no ser amable con el caballero que había salvado su chal.

¿Era esta una manera indirecta de entrar en conversación?

—¿Irá por fin á hablarme?—se preguntó.

Apremiaba el tiempo. ¿Cómo obtener una invitación para casa de Arnoux? Y no imaginó nada mejor que hacerle notar el calor del otoño, añadiendo:

—Pronto el invierno, la estación de los bailes y las comidas...

Pero Arnoux se hallaba muy ocupado con sus equipajes.

La costa de Surville apareció; los dos puentes se juntaban, se costó una cordelería, después una fila de casas chatas; abajo marmitas de brea, trozos de madera, y los pilluelos co-



rían por la arena, dando vueltas al cable. Federico reconoció á un hombre con chaleco de mangas, y le gritó:

—Despáchate.

Llegaron. Buscó trabajosamente á Arnoux entre la multitud de pasajeros, y el otro contestó estrechándole la mano:

—Hasta la vista, amigo mío.

Cuando estuvo sobre el muelle, Federico se volvió. Hallábase la señora cerca del timón, de pié. Envióla una mirada en que procuró poner toda su alma; como si nada hubiera hecho, permaneció ella inmóvil.

Después, sin fijar atención en los saludos de su criado, le dijo.

—¿Por qué no has traído el coche hasta aquí?

El buen hombre se excusó.

—¿Qué torpel! Dame dinero.

Y se fué á comer á una posada.

Un cuarto de hora después, tuvo deseos de entrar como por casualidad, en el patio de las diligencias; todavía podía verla quizás.

—¿Para qué? — se dijo.

Y el coche-ámericana le llevó. Uno de los dos caballos no pertenecía á su madre; había pedido prestado el del Sr. Chambrion, el recaudador, para engancharlo con el suyo. Isidoro salió la víspera y descansó en Bray hasta la no-

che y había dormido en Montereau; por eso las bestias trotaban bien.

Campos segados se prolongaban hasta no ver el fin. Dos hileras de árboles bordeaban el camino y los montones de guijarros se sucedían; poco á poco Villeneuve-Saint-Georges, Ablon, Châtillon, Corbeil y los otros pueblos; todo *su* viaje le vino á la memoria, de manera tan clara que ahora distinguía detalles nuevos, particularidades más íntimas; por bajo del último volante de *su* vestido, veía *su* pié calzado con fina bota de seda color marrón; el toldo de cutí formaba amplio dosel sobre su cabeza, y las borlitas encarnadas de las guarniciones se movían perpétuamente al soplo de la brisa.

Se parecía á las mujeres de los libros románticos. No hubiera querido añadir ni quitar nada á su persona. El universo se ensanchaba de repente; ella era el punto luminoso adonde convergía el conjunto de las cosas. Y mecido por el movimiento del carruaje, con los párpados medio cerrados, la mirada en las nubes, entregábase á una alegría soñadora é infinita.

En Bray no esperó que dieran la avena, se fué por el camino adelante, enteramente solo. Arnoux la había llamado María. Entonces él gritó muy alto ¡María! Su voz se perdió en el viento.

Una ancha franja color de púrpura inflama-



ba el cielo al Occidente. Grandes ruedas de molino, que se veían en medio de los rastros, proyectaban gigantescas sombras. Un perro se puso á ladrar en cierta lejana hacienda. Extremejóse, sobrecogido, con una inquietud sin causa.

Cuando Isidoro se le reunió, se colocó en el pescante para guiar. Su desfallecimiento había pasado; hallábase enteramente resuelto á introducirse, no importaba cómo, en casa de los Arnoux, á relacionarse con ellos. Su hogar debía de ser agradable, Arnoux, además, le gustaba; después ¿quién sabe? Entonces una oleada de sangre le subió á la cara; sus sienes zumbaban.

Chasqueó el látigo, sacudió las riendas y llevaba los caballos á un paso que el viejo coche-ro le repetía:

—Espacio, más espacio; les dejará usted sin resuello.

Poco á poco se calmó Federico y escuchó á su criado.

Esperaban al señor con impaciencia grande. La señorita Luisa había llorado porque quería venir en el coche.

—¿Quién es la señorita Luisa?

—La chiquitina del Sr. Roque, ¿sabe usted?

—¡Ah! no me acordaba—replicó Federico indolentemente.

A todo esto, los dos caballos no podían más, ambos cojeaban; y las nueve sonaban en Saint-Laurent cuando llegó á la plaza de Armas, delante de la casa de su madre. Aquella casa espaciosa, con un jardín que lindaba con el campo, daba aún mayor consideración á la señora de Moreau, que era la persona más respetada del país.

Procedía de una antigua familia noble, ya extinguida. Su marido, un plebeyo con quien sus padres la casaron, había muerto de una estocada, durante su embarazo, dejándola una fortuna comprometida. Recibía tres veces á la semana, y daba de cuando en cuando una comida formal; pero el número de las bujías se hallaba calculado, y esperaba con impaciencia sus rentas. Aquella estrechez, disimulada como un vicio, la hacía seria. Sin embargo, citaba sus virtudes sin ostentación de gazmoñería, sin acritud. Sus menores obras de caridad parecían grandes limosnas. Se la consultaba sobre la elección de los criados, la educación de los jóvenes, el arte de los dulces, y Monseñor paraba en su casa en las visitas episcopales.

La señora de Moreau alimentaba una gran ambición para su hijo; no gustaba oír que censurasen al gobierno, por una especie de prudencia anticipada. El necesitaría protección al principio; luego, merced á sus medios, llega-



ria á consejero de Estado, embajador, ministro. Sus triunfos en el colegio de Sens legitimaban aquel orgullo: había obtenido el premio de honor.

Cuando entró en el salón todos se levantaron con gran ruido, y le abrazaron; y con las butacas y las sillas se formó un amplio semicírculo alrededor de la chimenea. El Sr. Gamblin le preguntó inmediatamente su opinión sobre la señora Lafarge. Aquel proceso, el furor de la época, produjo violenta discusión; la señora de Moreau la contuvo, con pesar del Sr. Gamblin, que la juzgaba útil para el joven, en calidad de futuro jurisconsulto, y salió del salón picado.

Naña debía sorprender en un amigo del tío Roque. A propósito del tío Roque, se habló del Sr. Dambreuse, que acababa de adquirir la propiedad de la Fortelle. Pero el recaudador se había llevado aparte á Federico para saber lo que pensaba de la última obra de Guizot. Todos deseaban conocer sus asuntos, y la señora Benoit se enteró diestramente de su tío.

¿Cómo estaba aquél buen pariente?

No daba ya noticias suyas.

¿No tenía un primo lejano en América?

La cocinera anunció que la sopa del señor estaba servida. La gente se retiró por discreción.

En cuanto, poco después, estuvieron solos, su madre le dijo en voz baja:

—¿Y bien?

El viejo le había recibido muy cordialmente, pero sin manifestar sus intenciones.

La señora de Moreau suspiró.

—¿Dónde estará ahora ella?—pensó él.

La diligencia rodaba, y envuelta en el chal, sin duda, apoyaba en el paño del cupé su linda cabeza dormida.

Subían á sus cuartos, cuando un mozo del «Cisne de la Cruz» trajo una carta.

—¿Qué es eso?

—Deslauriers, que me necesita—dijo.

—¡Ah! tu camarada—contestó la señora de Moreau, con sonrisa de desprecio.—¡La hora ha sido bien elegida, ciertamente!

Federico vacilaba; pero la amistad venció y cogió su sombrero.

—Por lo menos, no estés mucho tiempo—le dijo su madre.

